

Incluso, según lo argumenta el autor, Richard Holbrooke –quien había apoyado a Annan para que el Congreso en la administración de Clinton autorizara el pago de las cuotas al presupuesto ordinario– sostuvo una reunión con el secretario general en la que le solicitó la salida de algunos de sus más cercanos colaboradores y la entrada de uno de los personajes probablemente menos queridos en el secretariado y que representaba el dominio de Estados Unidos y el Reino Unido sobre la organización (quizá más en la apariencia que en la práctica): Mark Malloch Brown.

Tal vez muchos incluirían Afganistán e Iraq en sus periodos de consolidación de la paz como parte de los fracasos de la ONU bajo la administración de Annan. Sin embargo, el autor explica cómo el poder hegemónico regresó a Naciones Unidas para lograr una solución política. Incluso, los esfuerzos de la ONU en Iraq llevaron a la muerte de 19 miembros de la comunidad de Naciones Unidas –incluido uno de sus más importantes funcionarios, en quien se llegó a pensar que podría ser su secretario general, Sergio Vieira de Mello–, tras un atentado a su sede en Bagdad que marcó “el fin de la inocencia de la ONU”. La bandera azul ya no es garantía de la seguridad del personal. Detrás de ambas narraciones se encuentra una lección que, probablemente, sea de las más importantes del libro: Estados Unidos todavía necesita a Naciones Unidas. Pocos miembros, y por supuesto Estados Unidos no figura dentro de ellos, gozan de la neutralidad y legitimidad de la organización en negociaciones de paz.

A unos cuantos meses de la salida de Annan difícilmente podemos hablar de una administración exitosa o fallida. Mientras que el secretario general mostró ser un “emprendedor de normas” (en el debate mundial sobre la responsabilidad de proteger o en su trinomio en el que seguridad, desarrollo y derechos humanos son temas dependientes el uno del otro), Iraq, el escándalo “petróleo por alimentos”, Darfur y los informes de abuso sexual por parte de tropas de Naciones Unidas en la República Democrática del Congo se unen a una larga lista de fracasos. Sin embargo, hasta que la distancia en el tiempo nos permita tener una visión más objetiva, el libro de Traub es el mejor instrumento para el análisis de la administración de Annan y su convulsionada relación con Washington.

DIEGO DEWAR

Thérèse Delpech, *L'ensauvagement. Le retour de la barbarie au XXI^e siècle*, París, Grasset, 2005, 370 pp.

Léon Bloy escribió en 1905: “Estamos en el prólogo de un drama inaudito tal como no se ha visto en muchos siglos.” Desgraciadamente no se equivo-

có. El siglo XX fue uno de los más sanguinarios y brutales de la historia. Millones de personas murieron y millones más padecieron las atrocidades de numerosos conflictos y los abusos de regímenes totalitarios, autoritarios y democráticos. La regresión más importante tal vez haya sido la salvaje indiferencia que se generó hacia el ser humano, la implacable caída casi hasta la nada del valor de la vida de un individuo. Esa pérdida de humanidad se produjo no por una suerte de destino trágico sino, entre otras causas, por la brutalización de la vida cotidiana. Por si no bastaran dos guerras mundiales para traumatizar la vida colectiva, la devastación y atrocidades de la Guerra Fría contribuyeron significativamente a que las conciencias se habituaran masivamente a la violencia y a la crueldad excesivas. Lo peor es que todos esos crímenes se cometieron en nombre de utopías, de principios nobles y causas justas (*i.e.* la “pasión igualitaria y democrática” evocada por Tocqueville), de razones supuestamente superiores al valor de la vida humana (lucha contra el comunismo, el bien común), de un nuevo hombre por crear, del desarrollo económico.

Para Thérèse Delpech, sin embargo, lo peor es que olvidemos lo sucedido durante el “siglo corto” (Hobsbawm) y creamos que no puede volver a pasar o que ya no puede ser peor; el hombre ha mostrado una capacidad aterradora para superarse a sí mismo. Miembro del Centro de Estudios e Investigaciones Internacionales de París (CERI) y del Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, Delpech nos ofrece en este libro un recorrido algo dantesco por cien años de historia que ella resume en la palabra alemana *Herzelennd*, “tristeza del corazón”. Más que un recuento cronológico, la autora intenta llamar nuestra atención sobre momentos importantes que revelan claves de lo que sucedió, algunas pistas de lo que sucede y advertencias de lo que podría suceder. Organizado en cuatro secciones, el texto alterna países, regiones (en especial Europa y Asia), personajes históricos y literarios, citas y referencias bastante interesantes con el objetivo de convencernos de la necesidad de hacer un trabajo de duelo histórico, asumir las múltiples experiencias traumáticas del siglo XX y extraer lo necesario para evitar que la humanidad vuelva a vivir brutalidades semejantes.

El prólogo de la obra describe el estado del espíritu del hombre occidental durante el siglo XX, periodo que Delpech caracteriza como “una vasta tragedia en la que no solamente encontramos la barbarie de la guerra, la fuerza de las ideologías y el advenimiento de las masas, sino también, y sobre todo, la oposición entre el hombre y la historia, entre los hechos y su inteligencia y entre la política y la ética” (p. 11). Para la investigadora, el malentendido entre el hombre y la historia nunca había sido tan grande; el pensamiento tiene cada vez más problemas para comprender el ruido de la historia. Ésta parece haber abandonado todo esquema

inteligible y haberse salido de sus goznes; el constante cambio y lo imprevisible son los nuevos criterios que la rigen. La situación se complica cuando, como sucede hoy en día, el mundo está tan interconectado que las acciones que realizamos en nuestro territorio pueden tener consecuencias en lugares muy apartados; analizarlas y calcular sus consecuencias se vuelve extremadamente difícil, ya que las interacciones entre las cadenas causales parecen casi infinitas. Así, no es de sorprenderse que el hombre haya perdido la capacidad de comprender lo que sucede a su alrededor. Delpech evoca la forma en que Paul Valéry representaba al hombre de su tiempo como un jugador sentado ante una partida de póquer en la que las reglas cambian a cada turno (muchas de ellas nuevas) y el oponente le muestra cartas con figuras desconocidas.

La peor consecuencia del desfase entre hombre e historia es que se pone en peligro la relación que liga a la conciencia humana con el tiempo. La transmisión de valores, la memoria del pasado y la continuidad entre las generaciones están amenazadas por la inmediatez e impaciencia con la que vivimos y por la pérdida de vitalidad del pasado. Los hombres no reconocen más el destino de la especie en el proceso histórico; parece que se ha perdido el sentido de la continuidad histórica y, con él, la posibilidad de construir un proyecto para el porvenir. "Atrapada [la humanidad] entre dos muros, el peso de la historia y la angustia del futuro, el tiempo la aplasta en lugar de liberarla" (p. 180).

Delpech trata de mostrarnos por qué se equivocaron quienes pensaban que tras el fin de la Guerra Fría se había conjurado la barbarie y se podía retomar el camino de la paz, la seguridad colectiva y el desarrollo armónico. La explicación de la autora es que, a diferencia de las dos guerras mundiales, tras el fin de la Guerra Fría no hubo conferencia de paz o procesos en nombre de la conciencia de los pueblos (los juicios de Nuremberg). Por ello el mundo no podrá librarse tan fácilmente de la aberrante irrupción que constituyeron los crímenes del totalitarismo, la cobardía de Occidente y el enfrentamiento entre los bloques, todos ellos elementos que llevaron demasiado lejos el sufrimiento y la degradación de la humanidad.

El problema es que tras la caída de la cortina de hierro y una vez liberadas las fuerzas de destrucción en toda su brutalidad, no pudieron ser ni rechazadas ni reprimidas. Para la autora, esas fuerzas seguirán ejerciendo una severa influencia en el destino de los pueblos y de las relaciones internacionales durante varios decenios. De entrada, durante los años noventa no hubo catarsis en ninguna parte por lo que el trabajo de duelo y de memoria por las incontables víctimas de los estados aún está por realizarse. Víctimas cuya muerte es compartida tanto por orientales (el gulag ruso, la revolución cultural china, los campos de concentración norcoreanos) co-

mo occidentales (cuántas dictaduras y gobiernos ilegítimos no fueron apoyados en todo el planeta en nombre de la lucha contra el comunismo).

El resultado de tales turbulencias es un mundo desorientado. La mejor prueba es la desconfianza en el espíritu para transformar las cosas y cómo prácticamente cualquier proyecto o iniciativa política en nombre de grandes principios es vista con malos ojos. A menudo se habla del declive de los valores pero también se puede decir que estamos en una sociedad desmotivada. Para Delpech: "El caos intelectual y espiritual perceptible en todos lados tiene sus raíces en la febrilidad de sociedades sin puntos de referencia, en el aburrimiento que resulta de ello, en la destrucción de la esperanza en el porvenir, pero sobre todo, en la ruina de la confianza en el espíritu" (p. 26).

De ello se desprende el tema del libro: la política no podrá ser rehabilitada sin una reflexión ética. Esto es de la mayor trascendencia pues sin la política, en específico sin la visión política, no podremos ni prevenir las pruebas que el siglo nos prepara ni hacerles frente en caso de no poder evitarlas. La lección del texto de Delpech es que dado que la barbarie de la acción está precedida por la barbarie del espíritu, se vuelve imperativo cuestionarse de manera constante sobre el sentido de la presencia humana en la historia y sobre la responsabilidad de los hombres en su desarrollo. En ese sentido, el acercamiento entre ética y política es una obligación con los vivos y los muertos.

En la primera parte del texto, Delpech destaca la indiferencia de quienes deciden y actúan en política con respecto a las generaciones futuras, así como la indiferencia general, durante todo el siglo XX, hacia el sufrimiento de nuestros semejantes, el cual debería conmovernos y llevarnos a actuar.

Esa falta de ética generó una manera de aprehender las cosas y de reaccionar frente a ellas que hoy nos deja ante un escenario nada halagador y un futuro lleno de grandes interrogantes y peligros. Sobre el primero, Delpech identifica dos fenómenos relevantes: primero, el reconocimiento de que las pasiones democráticas se han vuelto universales aun cuando los regímenes no lo sean; segundo, ciertos países y pueblos sienten que la historia no les ha dado lo que merecen o no han olvidado afrentas del pasado. En cualquier caso, están intentando redistribuir las fuerzas en el sistema internacional. Para Delpech, los países que buscan este reequilibrio estratégico de fuerzas (China, Irán, India) "harán escuchar su voz. El problema no es tanto contener sus ambiciones sino darles una forma que no perturbe ni la paz regional ni la paz mundial" (p. 54). Uno de los peligros es la diferencia enorme y creciente entre los progresos de la ciencia y la tecnología y la ausencia de un progreso comparable en el dominio ético; el poder del hombre crece cada vez más mientras que las finalidades de la acción se

vuelven más y más confusas. La consecuencia más desastrosa de esto durante el siglo pasado fue que se creó un fuerte vínculo entre el crimen político (a menudo perpetrado por el Estado) y las posibilidades abiertas por los nuevos métodos industriales.

Ante este ambiente cada vez más hostil (la “enfermedad de los nervios” es enteramente creación del siglo XX), muchas personas recurren a la negación de la realidad, permiten que lo virtual borre un poco más la identidad y conciencia de lo real (incluida la otredad) y adoptan lo que la autora llama el principio del placer. Abandonar este último y recuperar el principio de realidad es esencial para evitar reproducir las condiciones que posibiliten una nueva oleada de brutalización del hombre. Sin embargo, recuperar ese principio implica un esfuerzo de memoria; evidentemente, la experiencia no basta para tomar las decisiones pertinentes, pero negar el pasado es condenarse a repetirlo y sembrar las semillas de la intolerancia y del despotismo.

Delpesch emprende ese ejercicio de memoria en la segunda parte aun cuando esté presente a todo lo largo del texto. Como ya se dijo al principio, la conclusión es devastadora: los acontecimientos del siglo XX generaron una salvaje indiferencia hacia el ser humano y provocaron el naufragio del trato entre los hombres. Los ejemplos sobran: la vida en las trincheras durante la Primera Guerra Mundial, las grandes masacres y campos de concentración de la Segunda, el genocidio armenio perpetrado por los turcos, la brutalidad exacerbada en la URSS que le costó la vida a cerca de cincuenta millones de personas, el trato infrahumano en China que además de matar a más de cien millones de individuos llevó incluso al canibalismo en algunas zonas del país en los años sesenta (alumnos que se comían a los profesores, descuartizamientos en vida de la persona), la masacre de un tercio de la población de Camboya perpetrada entre 1975 y 1979 por las tropas de Pol Pot, las innumerables víctimas en Vietnam e Iraq causadas por las incontenencias estadounidenses, el millón de muertos en Ruanda, otro millón en el Congo, trescientos mil en Darfour, doscientos mil en Chechenia, y otras miles de personas más víctimas de dictaduras en África y América Latina (apoyadas muchas de ellas directamente por Occidente y otras tantas de manera indirecta por su cobardía o indiferencia), los campos de concentración en Corea del Norte donde se practican experimentos químicos con los prisioneros y se les mata por las insoportables condiciones de trabajo o los hospitales psiquiátricos chinos donde son enviados los disidentes políticos.

A pesar de esta danza macabra de cifras, la autora prefiere poner el acento en los actos particulares ya que las estadísticas no le hablan a la imaginación. Incluso pueden llegar a ser peligrosas pues nos habitúan

a las grandes cifras y a las incontables víctimas. Para Delpech, solamente las historias individuales pueden volver sensible la tragedia. Quien se aventure en la lectura del texto encontrará varias de estas escalofrantes historias.

La autora inicia el esfuerzo de recuperación histórica en el año 1905 que ella considera crucial por marcar un punto de inflexión en el mundo de las ideas, las artes y la política internacional. En el primero destacan la formulación de la teoría de la relatividad de Einstein y los trabajos de Freud sobre la sexualidad mientras que en el segundo lo hacen el movimiento fauvista y el futurista. El tercero registra la primera derrota de una potencia occidental ante una oriental en una guerra moderna: Rusia ante Japón; la primera revolución rusa; el surgimiento de Estados Unidos y China como nuevos actores internacionales de relevancia y el primer conflicto entre Francia y Alemania por Marruecos.

En seguida, en la tercera parte del libro, la autora da un salto al año 2025 para tratar de vislumbrar las posibles amenazas de un futuro cercano, incluido un tercer acto de la obra que comenzó en 1914. Para la investigadora se pueden hacer tres apuestas generales sobre ese horizonte: la primera es que para el año 2025 la probabilidad de tener que luchar aún contra el terrorismo internacional es bastante alta. Destaquemos una idea muy interesante de la autora: la principal debilidad de Occidente en esa batalla está en la lucha de ideas (los terroristas se han vuelto expertos en traducir la ira y frustración de los jóvenes en acción política mientras que los occidentales no creen lo suficiente en sus valores para enseñarlos y mucho menos para defenderlos), a pesar de no mencionar la causa primordial que alimenta el tipo más importante de terrorismo: la muy perturbadora injerencia de europeos y estadounidenses en la región de Medio Oriente, tanto pasada como presente. La segunda apuesta es la proliferación de armas de destrucción masiva. Hay muchas áreas o países interesados en tener acceso a la vía nuclear: Pakistán, Corea del Norte, Irán, Siria, Egipto. Tanto las redes de adquisición como las capacidades de simulación de estos países se han incrementado considerablemente, lo que ha vuelto mucho más complicado el funcionamiento de la disuasión por la multiplicidad de actores y sus relaciones. Finalmente, la tercera apuesta para la seguridad internacional en el 2025 se refiere a la evolución de las relaciones sino-estadounidenses. El abanico de posibilidades sobre el futuro de China es muy amplio, aunque en todas ellas la posibilidad de una guerra provocada por el estatus de Taiwan no es nada despreciable. Todo dependerá de lo que suceda en el interior de China (transición pacífica a la democracia, golpe de Estado, hundimiento en el caos) pero también de qué estrategia quieran favorecer los países occidentales.

De manera adicional, la autora presenta una serie de cuestiones cuya evolución está abierta pero que sin importar el rumbo que tomen serán importantes para las relaciones internacionales: el control del desarrollo tecnológico (biotecnología, tecnología del espacio, el peligro de otro Chernobyl), el terrorismo no convencional (ataques químicos o biológicos), las consecuencias de un posible desmembramiento de África (en muchos países la presencia internacional ha evitado el estallido de grandes conflictos), una pluralidad de actores nucleares en Medio Oriente, el conflicto entre Israel y Palestina, Turquía y Europa (si las importantes reformas que la primera está llevando a cabo para ingresar en la Unión Europea culminan en un rechazo a esa entrada en quince años, podría haber un conflicto mayor), el fin de Pakistán, una guerra entre China, Taiwan y Estados Unidos, y la coexistencia de grandes potencias (a menudo se olvida que el equilibrio entre potencias en Europa casi nunca ha funcionado, lo que ha provocado un conflicto mayor cada generación desde el siglo XVII).

En la cuarta parte, la autora regresa al año 2005 para ocuparse no de la actualidad inmediata sino de las grandes tendencias que se observan en el curso de las cosas. Para empezar, las amenazas más inquietantes provienen del Lejano Oriente en donde, a diferencia de Europa, no se han resuelto los asuntos pendientes tras la Segunda Guerra Mundial: no hay un Gorbachov en Pekín y la reunificación coreana costaría mucho más que la alemana. Las fuentes de tensión más importantes son: las crecientes amenazas de Corea del Norte, el endurecimiento de las declaraciones japonesas sobre la seguridad regional (incluyendo la reconsideración del derecho a la guerra), la actitud de China ante Taiwan, las desavenencias hasta ahora diplomáticas entre Japón y China y las maniobras militares de chinos y rusos. Lo que es seguro es el lugar central de Asia en la geopolítica del mundo y en sus asuntos estratégicos; Asia será lo que Europa en el siglo XX. Cuestiones como las relaciones entre Washington y Pekín o la identidad de la potencia regional más importante (Japón, China, India) tendrán repercusiones en el mundo entero.

En el caso de China no debe subestimarse lo que el gobierno de la República Popular estaría dispuesto a hacer para no perder Taiwan. Delpech llega al punto de decir que la isla es "la Alsacia-Lorena del siglo XXI". Las posibilidades de un conflicto se incrementan por la ley antisecesión aprobada en China en marzo de 2005 y el tratado de defensa mutua existente entre Taiwan, las Pescadores y Estados Unidos (1954). Lo que la comunidad internacional puede hacer es mucho ya que, mientras más perciba Pekín que puede actuar impunemente o que ante un conflicto el mundo va a tratarla como lo hace con Rusia y Chechenia (un "conflicto interno"), sentirá más confianza para lanzar ese ataque. En ese sentido los presagios no

son muy buenos pues hasta ahora la comunidad internacional ha tratado con excesiva complacencia e incluso subordinación a China. A la luz de esto, el levantamiento del embargo europeo sobre la venta de armas parece una decisión desafortunada. En cualquier escenario, es esencial que China encuentre los límites a su poder en tiempos de paz.

Sobre Corea del Norte, hay dos preguntas que vale la pena plantear: ¿ya alcanzó el régimen los límites de lo que puede aportar la geriatría política? y ¿qué sería de la amenaza norcoreana si China no apoyara más a Pyongyang? La respuesta a la primera no es sencilla pues, a pesar de signos convergentes hacia una degradación del régimen, suele subestimarse la capacidad del poder para sobrevivir. Sobre la segunda, la respuesta es muy clara para Delpéch: sin China, el régimen norcoreano se derrumbaría pues sobrevive única y exclusivamente gracias al dinero de ésta. Pyongyang es muy importante para Pekín pues le permite tener una espina en el pie de Washington y de Tokio, además de ofrecerle la posibilidad de probarlos, provocarlos y analizar sus reacciones ante las bravatas y amenazas coreanas. Lo que la autora sugiere hacer es aislar más a Corea del Norte, excluirla de toda actividad diplomática y obligar a China a hacerse cargo del problema y a asumir las responsabilidades. Lo que sí es seguro, nos dice Delpéch, es que, cuando el régimen que hoy dirige Kim Jong II se derrumbe, descubriremos uno de los universos de concentración más aterradores de la historia; los testimonios de prisioneros, guardias y evadidos avergonzarán al mundo.

Otra de las posibles fuentes de conflicto es Rusia. Ese país ha entrado en una fase de autodestrucción debida a la mediocre calidad de las élites dirigentes, a la profunda depresión que siguió tras el fracaso de los años noventa y también a las espantosas tragedias del siglo pasado. La actual camarilla en el poder dirigida por Vladimir Putin se ha caracterizado por su incompetencia, corrupción generalizada y desprecio por la vida de los ciudadanos, tal como lo ha mostrado la segunda guerra en Chechenia y la tragedia de Beslán. Constituida en más de un cincuenta por ciento por antiguos miembros del servicio secreto, el ejército o la policía, esa élite política y burocrática ha *gangsterizado* la vida económica y social de la antigua Unión Soviética. Lo mismo que con China, Occidente (en especial Europa) prefirió el orden a la necesidad de justicia y, temeroso de sufrir represalias en lo que a cuestiones estratégicas se refiere (como el abastecimiento de diversos energéticos), evita cualquier declaración o acción que pueda irritar al huésped del Kremlin. Prueba de ello es la falta de respuesta de la Unión Europea tras la primera vuelta de las elecciones en Ucrania, en la que la evidencia de fraude era sustancial.

En cuanto a Europa, Delpéch nos dice que el traslado del epicentro estratégico a Asia no debe provocarle una especie de retiro (vivir de los di-

videndos de la paz) sino ofrecerle una posibilidad para que asuma nuevamente sus responsabilidades históricas. Podría empezar integrando a Asia en su radar estratégico y producir análisis, proyecciones y escenarios de acción en caso de que se desate un conflicto en la zona. El viejo continente está encerrado en sí mismo, cansado de recorrer el mundo y distante de él (cuando que su cercanía con otros países hizo de su civilización una de las más ricas de la humanidad). Aquejada de un cierto provincialismo y enfrentada a problemas que podrían alterar seriamente su composición e identidad (envejecimiento de la población, inmigración), “Europa está demasiado inclinada hacia su pasado para ser un actor mayor en el siglo XXI y al mismo tiempo demasiado distanciada de éste para encontrar en él una fuente de inspiración. Como las otras sociedades occidentales, vive en una inmediatez que le impide ajustar su presente a su pasado e imaginarse un porvenir” (pp. 120-121). El mundo necesita que Europa haga aquello que mejor sabe hacer: ordenar el mundo de las ideas.

Por otra parte, Estados Unidos hace ahora lo que Europa hizo antes, intervenir en el mundo para moldearlo, mientras que Europa se encierra en sí misma para desarrollar un modelo. Los estadounidenses están aprovechando la enorme influencia que les dio el haber salido victoriosos de tres conflictos regionales-mundiales. En cualquier caso, nos dice Delpech, desde fuera ambos lados del Atlántico parecen estar viviendo el problema histórico del declive. Ya sea por retirarse o extenderse demasiado, Europa y Estados Unidos podrían ver decaer su influencia y poder en el mundo.

Señalemos como principal crítica al libro el que en ocasiones simplifica en exceso algunos problemas y en otras repite lugares comunes que conducen a algunas contradicciones. Esta crítica está fundada incluso en lo dicho por la propia Delpech: que las mentiras históricas pueden hacer mucho daño, además de que resulta imperativo abandonar el pensamiento bipolar y recuperar la sutilidad y el sentido del matiz. El terrorismo es el tema que más sufre de ese defecto. Si el terrorismo es una nueva realidad en el siglo XXI es porque Estados Unidos así lo provocó, y no por el “choque de civilizaciones” o porque las “fuerzas del mal” se hayan salido de control. Los europeos se enfrentan al terrorismo desde hace al menos cuarenta años sin por ello imponerle al mundo una visión unidireccional y maniquea de conflictos complejos. El supuesto inicio de una nueva época, el 11 de septiembre, está rodeado de preguntas y dudas sobre el ataque del que fue víctima Estados Unidos por parte, aparentemente aunque con mucha evidencia en contra, de la red Al-Qaeda. Delpech no dedica ni una sola línea a los civiles que sufren o mueren en Iraq debido a una invasión justificada por una patética presentación en Power Point de Colin Powell ante el Consejo de Seguridad en la que intentaba probar una mentira: el régimen

de Hussein poseía armas de destrucción masiva. De igual manera la autora reproduce la muy discutible idea de regímenes buenos y regímenes malos. ¿Bajo qué razonamiento debemos concluir que el único Estado que ha sido declarado culpable de terrorismo por la Corte Internacional de Justicia (o Corte Mundial), Estados Unidos, va a hacer un buen uso de su enorme armamento nuclear, con el que podría destruir más de cincuenta veces el planeta, y el que Irán o Siria tengan una bomba nuclear es un peligro para el mundo porque, *a priori*, son regímenes malos? Delpech abdica de la lucidez y omite analizar las verdaderas razones: la posesión del arma atómica colocaría a esos países en un nivel distinto de negociación para los asuntos estratégicos, algo que incomodaría a Washington. Efectivamente, el que haya más actores nucleares incrementa las posibilidades de una catástrofe por la difusión del poder, pero el peligro de que sea Israel o Irán quien posea la bomba es el mismo.

A pesar de esas deficiencias, el libro es ampliamente recomendable por intentar comprender y caracterizar lo sucedido en un siglo tan brutal; por ponernos en guardia contra los males que aquejan el alma humana y sus terribles consecuencias; por invitarnos a recuperar una reflexión histórica más amplia de nuestra condición y de nuestra posición actual como sociedades; por recordarles a aquellos cuyo oficio es la historia la necesidad de ser sensibles al evento, a la contingencia, al mismo tiempo que se rebelan contra la necesidad histórica y reintroducen la idea de libertad; por recordarnos a todos que, hoy igual que en 1930, la tolerancia política hacia las doctrinas y las ambiciones más extremas (en ambos sentidos) alimenta los monstruos políticos; y por recordarnos la necesidad vital de diversificar nuestras relaciones y comenzar a tratar en serio con otras regiones que serán centrales en el siglo XXI. Digamos por último que este interesante libro recibió en Francia el Premio Femina 2005 en la categoría de ensayo. Dicho premio se estableció en 1904 a iniciativa de Anna de Noailles con el objetivo de ofrecer una alternativa al Goncourt que en ese entonces no se interesaba por las obras literarias escritas por mujeres.

FÉLIX G. MOSTAJO

Víctor L. Urquidí, *Otro siglo perdido. Las políticas de desarrollo en América Latina (1930-2005)*, México, El Colegio de México y Fondo de Cultura Económica, 2005, 568 pp.

Corrían los años de 1974 y 1975. Desde mi modesta trinchera como estudiante de El Colegio de México, me encontré en ocasiones con el entonces presidente de la institución. Se le veía como era: serio, inteligente, memo-